



3 1761 07286347 5

Gil, Martín
Cielo y tierra

PQ

7797

G49C5

Tom. I.

EDICIONES SELECTAS

Núm. 5

AMERICA

CUADERNOS
MENSUALES =

DE LETRAS
Y CIENCIAS =

MARTIN GIL



CIELO Y TIERRA



DIRECCIÓN:

Avda. MONTES DE OCA, 1700

BUENOS AIRES

1919

A LOS LECTORES

CUADERNOS REEDITADOS

La amable acogida que el público dispensa a estas ediciones, hace que nuestros cuadernos mensuales se agoten pocos días después de ser puestos en venta.

De la Capital, y especialmente del interior de la República, nos llegan continuos pedidos que no podemos satisfacer.

Ante ese manifiesto interés de parte de nuestros lectores por obtener los números aparecidos, seguramente con el propósito de coleccionarlos, hemos resuelto hacer una reedición de los cuadernos agotados.

Ya "*Florilegio*" de Don Amado Nervo y "*La Moral de Ulises*" del Dr. Ingenieros, han sido puestos nuevamente en venta. Tan pronto como nos sea posible, haremos lo mismo con "*Espigas*" de Almafuerte y "*Opalos*" de Julio Herrera y Reissig.

Entendemos responder así al favor que nos dispensa el público y evitar que se cobre más del precio estipulado, por algunos números difíciles de hallar.

Los lectores que encuentren dificultad en conseguirlos y que tengan interés por los ejemplares reeditados o a reeditarse pueden solicitarlos directamente a nuestra administración.

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

CUADERNOS
MENSUALES =

DE LETRAS
Y CIENCIAS =

MARTIN GIL



CIELO Y TIERRA



DIRECTOR:
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES

1919

PQ

779.7

G49 C5

MARTIN GIL

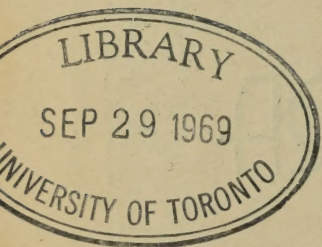
Es uno de los pocos hombres de estudios que tiene el país. Autodidacta, como la mayoría de los verdaderos hombres de ciencia. Don Martín Gil sin ser universitario, sin poseer ningún pergamino oficial, ha logrado mediante un continuado esfuerzo — digno de todo elogio — imponer su nombre y su obra.

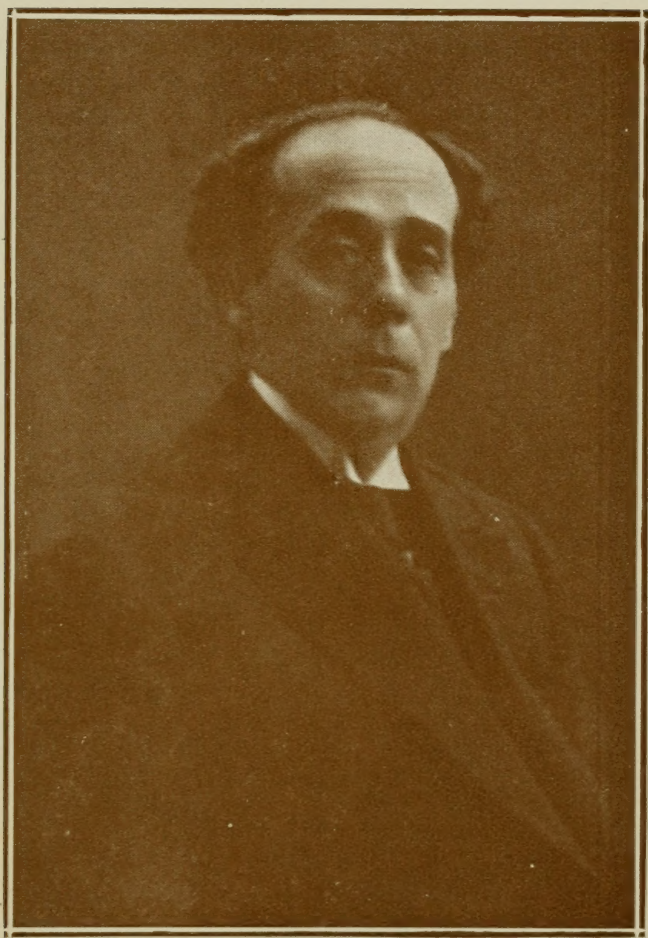
Cinco libros de divulgación científica lleva ya publicados. De Modos de ver una de sus más características producciones extractamos dos de los trabajos que se publican. Nuestro cielo de abril pertenece a la colección de artículos reunidos bajo el nombre de Cosas de arriba.

Tiene la obra de don Martín Gil un mérito especial y es el de unir a la belleza y corrección de la forma, la expresión amena del concepto científico, haciendo así accesible la comprensión de las cosas del cielo. Hay tanta gente — dice afirmando la necesidad de esa divulgación — a la que espanta el nombre de ángulo, órbita paralelaje, diámetro aparente, etc., y que sin embargo desea de corazón comprender las cosas del cielo y de la tierra.

En efecto, ¡hay tanta gente! — Nuestros lectores dirán si hemos acertado en incluirlos entre esa gente...

En cuanto a nosotros nos sigue siendo simpática, por estar de acuerdo con nuestros propósitos, la obra de don Martín Gil. Le monde est fait avec des astres et des hommes dice un magnífico verso de Verhaeren.





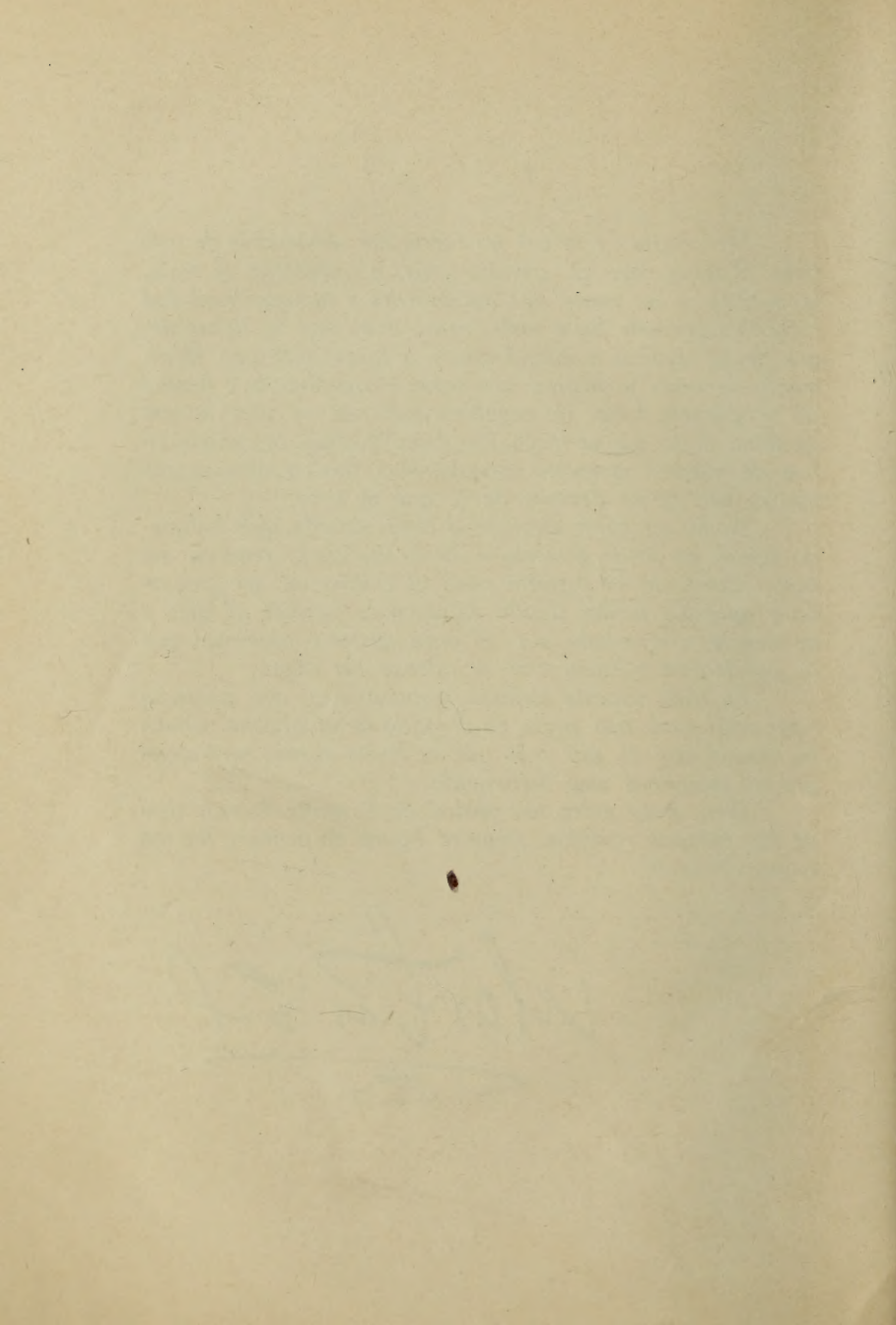
Me consta - y si así no fuere, me abstendría de cultivar el tema - que en nuestro país, no obstante el maíz, la política y las vacas, los automóviles y la superficialidad incurable que este bello instrumento ocasiona; la fiebre negra de la riqueza a manofones y a tarascones con detrimento de uñas y dientes; esa ansia atropelladora y bestial de acapararlo todo, de engullirlo todo sin ver bien lo que se toma ni lo que se traga; no obstante, digo, la característica de nuestro momento espasmódico, hay en nuestro país mucha más gente decente de lo que se cree.

Llamo yo gente decente a toda aquella que habiendo fijado un límite discreto a la bestialidad, reserva un buen rincón de su espíritu para el cultivo de ese pequeño y apacible jardín donde florecen la verdad, el arte y la ciencia, circundado por el gran misterio universal que lo penetra en silencio con su intensa luz negra.

En todo espíritu debiera vislumbrarse ese pequeño rinconcito cual una perla en el fondo de un abismo. Quién no cuente con él, por más que le brote el oro, será siempre un mamífero muy distinguido.

Bien, pues entre los gustos de la gente decente desde los tiempos remotos, siempre figuró en primera fila las cosas del cielo.

Martín S. S.



CIELO Y TIERRA

(Primaveral)

No ha mucho que el sol se despidió del hemisferio norte, después de haber andado de ronda durante seis meses por sus dilatados dominios, derritiendo nieves y montañas de hielo, es decir, poniendo en libertad al agua que el frío aprisionó en blanca celda: desencadenando tropas y ciclones, dorando espigas y racimos, azucarando frutas, incendiando corazones, infundiendo vida, movimiento y brillo, en una palabra: haciendo vibrar armoniosamente a la naturaleza toda, cual un instrumento de mil sonoras cuerdas. Con su disco de fuego, cortó al ecuador celeste sobre la constelación de la Virgen, actual puerta de escape por donde sale de sus posesiones boreales y entra a las australes, cuyas también. Sin embargo, estas puertas van cambiando lentamente con los siglos.

Su llegada no tomó de sorpresa a las plantas, pájaros e insectos: lo sintieron venir y se apresuraron a vestirse de gala para festejar su arribo, como las aldeas de la vieja Europa cuando se anuncia el paso de su rey o emperador.

Pero antes de que la aurora llegue en su rosado

carro tirado por blancos caballos, al decir de los griegos, contemplemos la noche que todavía reina sobre su trono de ébano, al que muy pronto tendrá que abandonar, cuando sienta el tropel de los caballos blancos y se abran de par en par las puertas de oriente.

Son las tres de la mañana. Las mañanas dormitan agrupadas e inmóviles como enormes dromedarios. Se experimenta esa sensación indefinida originada por el silencio en las regiones montañosas.

De vez en cuando, una oleada suavísima de aire, trae envuelto en sus pliegues algo así como un leve suspiro del arroyo lejano. Es la sonrisa del agua. La cinta cristalina, al deslizarse serpenteando en la oscuridad de la noche, se despide así, casi en secreto, de una piedra amiga o de una flor prolegida. ¿Volverá a verlas o tocarlas? Quizá, si en su viaje no la traga el arenal y al Sol se le ocurre levantarla con sus rayos, convirtiéndola en blanca nube. Entonces podrá contemplar de nuevo sus montañas queridas, cerniéndose en lo alto. Pero no tardará mucho en volver a su estado de serpiente y comenzar de nuevo su peregrinación eterna, porque el agua de las montañas jamás se detiene ni descansa: es como el pensamiento, anda, anda siempre, en busca de su nivel, la verdad.

A esta hora, las estrellas parecen afiebradas ¡de tal manera latén sus corazones de diamante! Su agitación es inusitada; algún peligro las amenaza. ¿Será que presienten su derrota con la llegada del Sol? Más aquí a mi lado, algo brilla sobre un trípode: es un telescopio refractor de origen alemán, el país de las lentes sin igual y de la mejor cerveza. Está ansioso por arrojarse en las profundidades de este cielo, nuevo en parte para él y surcar las ondas diáfanas del éter, donde pululan, como en el fondo del mar, los peces luminosos del espacio.

Hagásmole el gusto, veamos.

Hacia el norte, van pasando las Pléyades, ese grupo delicioso de seis pequeñas estrellas a simple vista. Son las vírgenes que acompañan a Diana, huyendo de

Orión, el cazador.

A sus ruegos, fueron convertidas por los dioses en siete palomas blancas y colocadas en el cielo. Y allí van volando todavía siempre unidas, porque el mismo temor las impulsa, agitando sus alitas de alabastro, suaves y brillantes. Todas lucen y tiemblan como escamas de nácar arrojadas al espacio por mano invisible. Pero apuntando al centro del grupo con el anteojo, se presenta un bello espectáculo, porque entonces, las siete palomas se extienden y separan como espantadas, brilla su plumaje, y por entre el claro que ellas dejan, surge una multitud de éstrellitas telescópicas, como si el instrumento fuera un haleón, que al perseguir y dispersar a la pequeña bandada de palomas, hubiera puesto en alboroto a un enjambre de picaflores.

En Octubre, a las tres de la mañana, el cielo es un jardín. Es el mismo que corresponde a las primeras horas de las noches de verano, así, que anticiparse a gozar de él, es como si pusiéramos de una parte del cielo en invernáculo. Las mejores flores del jardín están abiertas, y si las verdaderas flores embalsaman el aire con sus perfumes, estas otras embalsaman el espacio con sus fulgores.

Detrás de las Pléyades, y más cerca de nosotros, siguen sus hermanas las Hyadas, las divinidades pluviales, siempre llorando la muerte de su hermana Hyas. Forman una V o un compás, y en el extremo de uno de sus brazos, resplande una linterna roja: es Aldebarán, el ojo de Toro.

El Tauro despidе chispas por su ojo de fuego al verse amenazado por Orión. La hermosa estrella, con su luz de púrpura, envuelve a las humildes Hyadas, las que palidecen y tiemblan de terror. No muy lejos de ellas encontramos al Tahalí, las tres Marías: viajan sobre el ecuador celeste como para no extraviarse, y van escoltadas de uno y otro lado del carril por dos espléndidos guardianes, Betelgueze y Rigel. Llevan también una servidora: Bellatrix, delante de Betelgueze. Este guardián es rojo, de aspecto inquietante: para

mí, va con malas intenciones. Las tres damas no debieran darle mucha entrada. En cuanto a Rigel, pueden ir tranquilas: su luz blanquísima y pura habla muy en su favor. De Rigel, bajando exactamente al frente, no muy lejos del horizonte, encontramos a Capella, la hermosa estrella del Cochero, aleteando suavemente, como una gran mariposa de alas rojo-verdosas. Al este, sobre el rastro de Betelgueze, viene Proción, en el Can menor, y siguiendo a Rigel, al sud-este, va Sirio, en el Can mayor. Indudablemente es un lindo par de perros el que lleva Orión. De Sirio, corriendo la mirada al Sud, damos con Canopus. ¡Sirio y Canopus! dos grandes soles brillando en la inmensidad; dos monarcas del cielo, celebrados por pueblos perdidos ya en tiempos lejanos. Los pueblos desaparecieron, se pulverizaron y fueron barridos por la gran escoba, mientras tanto los soles siguen alumbrando como si tal cosa. ¿Será que nunca se les importó nada de sus admiradores?... No turbemos el tranquilo coloquio de los hermanos inseparables, Cástor y Póllux, que van unidos de la mano, allá al norte de Proción. Lo que sí, sepan los antiguos griegos que no son dos hermanos sino tres, pues el anteojó nos dice que Cástor es una estrella doble. Es un hermano de última hora — dirían los griegos. Por lo visto no conviene andar hurgando parentelas.

Pero allí en la espada de Orión, junto a las tres damas, se nos olvidaba una hermosa joya.

Es la gran nébula Orionis, tan celebrada por la ciencia, tan admirada y alabada por todos los astrónomos; Mirésmola. Magnífica es sin duda! Parece un fantástico nido de tul blanco pendiente del cielo, conteniendo en su centro, cuatro huevitos azules. Estas cuatro estrellitas pequeñísimas son las que forman el mentado trapecio de la nébula ⁽¹⁾, destacándose como incrustadas dentro de su masa lechosa. Brillan también otras,

(1) Con los más grandes telescopios resultan siete.

esparcidas sobre, o dentro de la nébula, lo que da idea de piedras preciosas engarzadas en ópalo.

La fama universal de que goza la nébula de Orión, se debe sin duda a dos causas principales: a que es algo así como una nébula *pública*, por la posición que en el cielo ocupa, pues se encuentra casi sobre el ecuador celeste vale decir, accesible desde cualquier punto de la tierra, y por que desde Europa no se puede columbrar otra más *fácil* y brillante, según dicen. Nosotros los salvajes de South-América, disponemos de nébulas y cúmulos más grandiosos en las regiones circumpolares de nuestro cielo. Allí están... Pero no hay más tiempo.



El alba se inicia con cierto resplandor de nácar azulino. El cielo estrellado, cual una hermosa visión, comienza a desvanecerse lentamente en un mar traslucido y sereno. Hacia el levante, el color de nácar, poco a poco se vuelve anaranjado; las nubes más altas se tiñen de rosa, después se doran, se platean, se inundan de luz. La alegría de la vida crece y se esparce con rapidez. Los pájaros cantan prometiéndonos un hermoso día.

Mirad al este: un gran manojo de lucientes espadas, anchas y filosas, rasgan el horizonte con salvaje energía: son los sables de la caballería del Sol, que a sangre y fuego vienen abriendo paso a su gran emperador. Entonces se descubren las montañas azules, semiesfumadas entre la niebla, la que al verse sorprendida por la luz, asciende rápidamente, envolviendo al pasar, con sus girones de blanca gaza, los árboles y picos de la sierra.

Las lomas vestidas de oro por el espinillo en flor, brillan como la seda, perfumando el aire.

Oyese la carcajada cromática de la *chuña* silvestre, que empinada hacia arriba, mirando al cielo, saluda

gozosa al nuevo día. Los zorzales de pico rojo o amarillo, posados sobre el más alto de los sauces, silban con entusiasmo sus canciones montaraces; parece, que dijeran ¡viva el Sol! Pronto las higueras se cubrirán del fruto renegrido para enterrar nuestros picos hasta los ojos, en su pulpa granulada y roja. Las verdes cotorras, que en medio de su charla infernal, cuelgan sus nidos de los álamos gigantes, les contestan: nosotros esperamos las manzanas vidriadas, las peras fragantes y los choclos tiernos. Nosotros las flores alimbarradas — dicen los picaflores — zumbando y brillando en todas direcciones.

En los rastros, donde el color amarillo de la caña del maíz lucha todavía con el verde naciente, relampaguea de vez en cuando la reja del arado. ¡Surco! grita el arador, con dulce y viril acento, infundiendo ánimo a los bueyes. La yunta se estira con el esfuerzo, levantando algo las cabezas oprimidas por el yugo; rechinan sus muelas poderosas, brillan al sol sus húmedos hocicos, cruje la tierra, y el arado marcha. Siguiendo el tajo fragante, van los tordos, comiendo los gusanos que la reja ha puesto en descubierto. Por cualquier motivo, estos pájaros nerviosos vuelan en bandadas, pero después de teñir el cielo azul de un negro brochazo, caen de nuevo sobre la chacra, describiendo en los aires una ondeante curva, cual obscuro y lustroso abanico. También hormigean millares de palomitas hambrientas, las que al volar producen un fuerte redoble ¡prrrrrrr!

En los bajos o pequeñas quebradas, sonríen las huertas, exhalando un fresco hálito: parecen salones de baile en donde predomina la nota rosa del durazno en flor y el blanco purísimo de los membrillares.

En el suelo, los canteros de verdura invitan a una ensalada matinal. La humilde acequía, huérfana del arroyo murmurador, corre silenciosa por entre violetas y botones de oro, hasta dar con el pequeño bordo de tierra que el quintero ha preparado para desviarla: llega y se detiene como sorprendida, mira los pies del

hombre que la espera inmóvil con la pala en la mano; remolinea indecisa; parece disgustada, más en seguida obedece y entra al cantero, recogiendo al pasar, con el mayor cuidado, toda la basura liviana que encuentra en el camino, cual prolija y discreta sirvienta.

Arriba, en las lomas, entre las grietas de las piedras o sobre las pencas enanas, brilla la tela de araña, en forma de embudo o tromba marina. Mil gotas de rocío tiemblan pendiente de su malla tenue, mientras que su dueña, la incansable hilandera, trabaja afanosa, quizá cantando como Margarita, al compás de las vueltas del huso.

En las casas, a medio día, las gallinas se desgranaban poniendo. El cacareo es general, y a los gallos les falta el tiempo materialmente para contestar a tanto aviso simultáneo de huevos recién puestos. ¡Cacacacaráa! se oye a todos rumbos. ¡Caróo! dicen los gallos, escarvando en la basura, mientras las nidadas blanquean en todas partes: dentro del horno, en las barricas y en los yuyales.

Los pavos parecen que ya revientan de tanto inflarse: la cara azul-violácea, granate el cuello y garganta, de donde cuelgan racimos de guindas maduras. Erizados y rígidos, avanzan unos cuantos pasos detrás de las pavas con toda solemnidad, produciendo cierto ruido de papel arrastrado, y al detenerse, oyése un lejano estampido de cañón. Mientras tanto, las pavas, como si les hablaran en latín.

Se oye el jadeo anhelante del pato criollo retación, que camina a duras penas, como esos viejos reumáticos y obesos de rostro amorotado. Todo su pescuezo se mueve de una pieza, oscilando con fuerza al compás del jadeo, como una palanca en forma de S. Las patas adelante, ni más ni menos como las pavas.

Las gallinetas o pintadas, con sus trajes grises salpicados de blanco y sus caritas almidonadas como payaso de circo, nos gritan con afán que toquemos no se qué — ¡tocá, tocá...!

A la caída de la tarde, los tordos se reúnen en ban-

dadas para dormir. Mientras se acomodan, cantan o rezan — no estoy seguro — sus oraciones vespertinas. Es un desconcierto delicioso: no siguen ninguna melodía; cada cual tararea como puede su *leit-motiv*, pero el conjunto es algo inimitable y exótico: muchas cajas de música o cilindros tocando simultáneamente, darían una idea aproximada.

Comienzan a pasar las bandadas de loros en dirección a sus dormideros. Desde muy lejos se les oye venir disecutiendo en alta voz como colegiales en marcha.

Algún buitre retardado pasa también, pero en silencio, cortando el aire con sus dos guadañas empavonadas.

El blanco plateado de las nubes, se disuelve en oro, el oro en rosa, el rosa en sangre, triunfando por fin el color plomo.

Ha llegado la noche. En las huertas y los bajos húmedos, se percibe un enorme parpadeo luminoso: son las luciérnagas con su luz oscilante. Al poniente, en el cielo azul-oscuro, cual un fino colmillo de jabalí, está la luna nueva. Las ranas le cantan en coro.....

NUESTRO CIELO DE ABRIL

Me permitirá V. descansar un momento sobre sus fragantes pétalos! — dijole a una rosa cierta mariposa nocturna, agitando en silencio sus dos grandes alas de terciopelo negro.

— Con el mayor gusto, siempre que V. se comprometa a no ocultarme el cielo con sus dos triángulos de felpa.

— Descuide V.; los plregaré y sus dos vértices agudos apuntarán al cenit. — Así, ¿vé usted? — y se asentó sobre la rosa.

— Perfectamente. — ;Qué espléndida noche tenemos! — dijo la flor perfumando el aire.

— Realmente deliciosa; y en medio de este jardín y en tan grata compañía, doblemente espléndida.

— Mil gracias. — Por lo visto le gustan a usted las flores.

— Me gustan más que a su jardinero de usted, el viejo italiano, a quién le oí esta tarde refunfuñar...

— ¡A qué yo sé lo que V. le oyó!

— Veamos.

— *Tutti persona qui non gusta de la fiore, es veramente un buro.*

— Cabal.

— Pobre viejo; morirá en nuestros brazos.

— Y ese día morirán también muchas de ustedes, para tejer su fúnebre corona.

— No hablemos de eso — dijo la flor.

— Disculpe. Pues si me gustan las flores, admiro la naturaleza. Muchas veces he pensado que si yo fuera hombre me internaría en una de esas deliciosas quebradas de las sierras, y echado de espaldas a la orilla de un arroyo cristalino, dejaría correr las horas, cortando las violetas silvestres que estuviesen al alcance de mis manos; estrujaría manojos de hiervas fragantes y aspiraría su aroma; escucharía el canto de los pájaros, el parloteo de las cotorras, el chirrido de los insectos, el rezongo de las ranas ocultas en la tupida alfombra de berros que la corriente parte en dos tajadas; el zumbido de las abejas, la charla del agua con las piedras. Contemplaría las montañas azules e inmóviles, el cielo azul, la pequeña nube blanca que lo atraviesa en silencio; y al fin, concluiría por cerrar los ojos, retener el aliento, imaginándome haberme disuelto en la naturaleza, incorporándome al universo, al cosmos, al *gran todo*, como diría un panteísta.

— Veo que coincidimos en temperamento. A V. le gustan las flores de aquí abajo y se lo agradezco como parte interesada; a mi en cambio, me gustan las de arriba. Me encantan los floridos campos del cielo, el grandioso jardín universal de flores siempre vivas. Admiro y respeto a esos hombres superiores que pierden su tiempo, al decir de muchos infelices sin espíritu, cultivando esos jardines y aclarando sus misterios.

— Así que V. opinará como nuestro jardinero respecto a la gente que desprecia sus flores...

— No diré tanto como él; pero no me opongo a considerarlos como animales racionales.

— Pero eso nada tiene de particular pues así está clasificado el hombre por sus mismos sabios y filósofos: animal racional, animal político, social, etc.; pero siempre animal.

— Sin embargo, es necesario convencerse de que la

mayoría de la gente desprecia estas cosas y hasta les tiene horror.

— Pues recuerde usted lo que dice Amiel, el gran pensador suizo, respecto a la mayoría de la gente.

— No he leído a Amiel.

— Mal hecho. Pues dice que la mayoría de la gente no pasa de una candidatura a la humanidad.

— ¡Admirable! Pero hay ciertas minorías petulantes aún más lejos de esa candidatura — dijo la mariposa.

— Bueno; pero en cuanto a eso del horror y del desprecio, es menester distinguir; pues hay quien le tiene horror y no la desprecia. Ahora bien; ese horror me parece que se debe a las matemáticas; creen necesario poseer profundos conocimientos en esa ciencia, para comprender la astronomía, cuando no se necesitan más que los conocimientos generales para comprenderla, para apreciarla en su conjunto. El gran Arago lo probó, al dictar su célebre curso de astronomía en el observatorio de París: “El curso será completo en cuanto al fondo y elemental solamente por la forma” — decía el sabio francés.

— Pues estamos conforme en todo — dijo la mariposa. — Pero debo confesarle que estoy algo olvidada de estas cosas.

— Hablando, nos entenderemos; la noche se presta — dijo la flor.

— Como yo debo partir en estos días para Buenos Aires, en un gran ramo de siemprevivas que llevarán para la proclamación de una candidatura presidencial, le pido se refiera a ese punto de observación.

— Para nuestro propósito no vale la pena tomar en cuenta la diferencia de las coordenadas porteñas y cordobesas. Buenos Aires se encuentra casi a seis grados al oriente de Córdoba, así que, la diferencia en tiempo entre ambas capitales es de 23 minutos y fracción, porque el movimiento aparente de todo el cielo (movimiento angular) es de un grado por cuatro minutos, de oriente a occidente; por lo tanto cuando un astro cualquiera se encuentre sobre el meridiano de

Buenos Aires, — que es la dirección de la calle Florida y sus paralelas — estará a seis grados al este del de Córdoba, pasando recién a los 23 minutos. En cuanto a latitud, diferimos en tres grados. Quiere decir que desde Córdoba nosotros abarcamos tres grados más de cielo boreal que ustedes desde Buenos Aires.

— Entonces es falsa la hora en Buenos Aires y las de otras provincias, por regir la hora de Córdoba para todo el país?

— ¡Si eso fuera lo único falso que tiene el país...!

— No hablemos de política.

— ¡Dios me libre!

— Bueno — dijo la mariposa — demos un vistazo a nuestro cielo de abril, no perdamos tiempo.

— Los vistazos rápidos suelen ser peligrosos, porque no alcanza a explicar nada.

— Pero si precisamente eso es lo que quiere el respetable público en general: que no se le diga nada completo, que se le deje flotando sobre la espuma de la verdad, y, ante todo, que no se le haga trabajar en nada, ¡eso sí que nó!

— Veamos nuestro cielo de abril, pero antes recuerde usted que, si desde un punto despejado bajamos la mirada del cénit al borde del horizonte, a cualquier rumbo, nuestra vista habrá recorrido un arco de noventa grados en el cielo. Así que, mirando usted hacia el horizonte norte desde Buenos Aires, llegará hasta los cincuenta y cinco grados de declinación boreal; pero como en la práctica se descuentan ocho o diez grados de este límite máximo por los inconvenientes de la atmósfera; resulta que usted podrá ver bien claro, por lo menos hasta los cuarenta y ocho grados; es decir, el límite de su horizonte norte corresponderá al cénit de París y al de todos los puntos de la Tierra que tengan la latitud cuarenta y ocho norte. Y viceversa, el límite del horizonte sur de los parisienses corresponderá al cénit de los porteños y con muy poca diferencia, al de los cordobeses... no emigrados. Por lo tanto, las estrellas que ven los parisienses razando

su horizonte sur, son las que después de cuatro horas y minutos, culminan sobre nuestras cabezas.

—¿Y mirando al sur? — dijo la mariposa.

—Mirando al sur, desde Buenos Aires pasa V. 34 y $1\frac{1}{2}$ grados al otro lado del Polo celeste. Descae aquí, 31 y pico.

—¡Qué lindo salto!

—Es claro porque la altura del Polo es igual a la latitud del lugar.

—¿El Polo sud celeste cae sobre la constelación del Octante?

—Sí; casi tocando a las estrellitas β y σ .

Es menester una vista de primer orden para encontrarlas.

Bueno, vaemos lo muy principal del cielo. Está usted en Buenos Aires y da frente al norte. Levanta la mirada hasta donde suele llegar la de un hombre cuando se empina una copa de cualquier líquido, es decir, a cuarenta y tantos grados del horizonte, y en tal caso tropezaría con la constelación del León, cuya principal estrella, Regulus, se encuentra sobre el meridiano a las 9 de la noche en los primeros días de Abril. Es aquella blanca azulina a la que siguen cinco estrellitas de muy poca luz dibujando una especie de hoz. La segunda en brillo de esa figura, es Algieba, γ del León. Veinte grados a la derecha de la hoz, ve usted un triángulo, de tres estrellas: la más grande es Denébola, β del León. A la derecha de Denébola treinta y tantos grados, viene trepando Arcturus, α del Boyero, esplendorosa estrella rojo amarillenta.

Al Este de Régulus, unos cincuenta grados, se encuentra Espiga, α de la Virgen blancaceleste, de luz purísima. Delante de Espiga ve usted un pequeño cuadrilátero formado por estrellitas de tercera magnitud: es la constelación del Cuervo.

De Régulus treinta y tantos grados a la izquierda, está Procyón, α del Can Menor, blanca dorada célebre por ser una de las doble de mayor mas: que se conoce hasta hoy. De Procyón bajando hacia el NNO, encon-

tramos un par de lindas estrellas, Cástor y Pólux, ϵ y β de los Gemelos. Ahora volviendo al Oeste, a medio cuadrante, está Sirio, α del Can Mayor, blanca, inmensa, centelleante ¡Más quién no conoce a Sirio!

— Hay mucha gente de galera que no la conoce.

— Adelante de esta célebre estrella, un poco a la derecha, el gran cuadrilátero de Orión, próximo a tumbarse en el horizonte.

En medio del cuadrilátero marchan *los tres Reyes*, y a ambos lados de tales personajes va Rigel, β de Orión, blanca, preciosa, y Betelgueze, α roja, espléndida. Si tiramos una línea de Rigel a Betelgueze, partimos por el eje a los tres Reyes.

De Sirio girando al Sud, treinta y tantos grados, encontramos a Canopus, α del Navio, la más hermosa estrella blanca después de Sirio, en todo el cielo.

Desde allí baje un buen trecho al SO, y dará caza a Achernar, ϵ del Erídan, hermosa, solitaria de cristalina luz azul. De ϵ del Navio sigamos hacia la izquierda hasta llegar a la Cruz del Sud. Pues los alrededores de esta pequeña zona que hemos recorrido de Canopus a la Cruz, un poquito más arriba, ha dejado estupefacto de admiración a cuantos astrónomos la han explorado. Todos declaran que no hay nada comparable en el cielo entero. ¡Qué región entre el Cisne y el Aguila, ni qué historias! Y en verdad; es imposible imaginar nada más grandioso, nada más extraordinario y hasta podríamos decir, nada más aturdidor para el espíritu, que la contemplación de esa zona a través del telescopio.

Como dos grandes gotas de fuego que se hubieran desprendido de la Cruz, brillan a la izquierda, β y ϵ del Centauro. Un puñado de brillantes desparramados un poco a la izquierda de estos dos astros, pertenecen a la constelación del Lobo.

Bajando hacia el SE., encontraremos a la constelación del Escorpión, veintitantos grados; sobre el horizonte; tendida largo a largo, viene remontándose majestuosamente como un enorme monstruo luminoso que

acabara de emerger de las profundas aguas del Atlántico; y debido a la poca altura a que se encuentra todavía, las preciosas estrellas que lo dibujan, tiemblan, centellean, y el monstruo entero parece como si se estremeciera de frío.

— Es una de las pocas constelaciones que responden gráficamente a su nombre — dijo la mariposa — por eso la conozco.

— La gran estrella roja que se encuentra a la derecha de los tres garfios del Escorpión, es Antares, el corazón del monstruo. Y punto final por esta noche.

— Mil gracias — dijo la mariposa — pero usted me permitirá...

— Diga.

— He notado que a pesar de haber dado un buen galope sobre la pampa sin fondo, no hemos visto un solo planeta.

— Es cierto. Todos los visibles a ojo desnudo están en huelga, pues se encuentran en las inmediaciones del Sol. La huelga durará todavía algunos meses. Solamente a Saturno puede usted verlo sin inconveniente de tres a cuatro de la mañana; es el primero que ~~na~~ resuelto volver al trabajo.

— Es muy temprano!

— ¡Buenas noches!

DIALOGO NOCTURNO

El crepúsculo se extinguió lentamente como la vaga mirada de un moribundo, y tras de él, siguiendo sus pasos, pero sin apresurarse, llegó la Noche, fresca, melancólica y sonriente, como viuda joven que abriga esperanzas.

Llegó, y abriendo poco a poco sobre la Pampa inmensa su hermosa sombrilla salpicada de luces, quedó pensativa.

Los escasos ruidos y murmullos fuéronse amortiguando hasta desaparecer completamente.

Entonces, la Noche, con su mano impalpable, acarició las hierbas y pastos floridos, y éstos, en su obsequio, abrieron sus pomitos de finas esencias.

La Pampa sonrió y dijo — ¡salud, querida Noche!— ¡Al fin llegaste con tu quitasol! Te has hecho esperar demasiado: eso no está bien.

— Imposible venir — replicó la Noche.

— Ya lo sé, es una broma. Pero mira que hoy ese rubio guarango y majadero, tu enemigo mortal, el Sol, casi me ha incendiado con sus miradas. Figúrate que a mediodía se plantó el muy ordinario sobre mi ca-

beza chata, y no hubo quien le hiciera retirar. ¡Cómo si algo se le debiera!

— ¡Y ya lo creo que le debes! — dijo la Noche.

— ¿Yo? ¡No faltaría más! ¿Pues qué le debo?

— Nada menos que tu fecundidad anual.

— Hazme el favor de no hablar disparates, mira que pueden oírte.

— Estamos solas — dijo la Noche.

— ¿Y la Luna?

— ¡Oh! esa sólo vendrá al amanecer, cuando yo me haya marchado. Y después, aunque estuviera a nuestro lado, no habría ningún peligro. ¿No sabes acaso que la Luna es una vieja chocha, sorda tapia, porque le falta el tímpano? ¡Pobre vieja! Si no fuera que el Sol la ha tomado de reverbero y de espía a la vez, no serviría para nada. Ya sabes que esa bruja blanca es mi espía y la que alborota constantemente a ese inocentón del mar, tan grandote y tan simple, tan ciego y atropellado. ¡Cuándo dejará de ser el juguete de esa vieja presumida! Si supiera que es una tarasca, remendada y picoteada: muy blanca, es cierto, pero a fuerza de vidriado y de cosméticos, como las mujeres de hoy: unas verdaderas camelias... hasta la garganta. Además, es tuerta y reumática. ¡Ah! te advierto que no hay como los tuertos para espías.

El reuma le atacó la cintura: no puede girar fácilmente. Sólo cuando ha completado su ronda mensual, concluye de darse vuelta. Pero en ese momento se le achicharra el ojo completamente, y queda ciega por dos días, más o menos. ¡Uff! es un cascajo, un verdadero cascajo.

— Ya veo que no andas muy en armonía con Selenia — dijo la Pampa. — ¿Quieres que te hable con franqueza? Me parece que tu antipatía para con ella se debe a que su presencia aminora el esplendor de tus joyas.

— Así será, pero es una observación muy pueril esa tuya — dijo la Noche. — Pues ¿quién es la vieja Selenia, ni el mismo rubio Apolo, para contrarrestarme? Tú no me conoces, querida Pampa; ya se ve, no me

conoces. Pues debes saber que yo soy la reina absoluta del espacio; todo él me pertenece. Eso que tú llamas con tanto garbo el día esplendoroso, etc., es algo muy limitado; para mí vale tanto como el resplandor de un fósforo. Si tú pudieras remontarte un poco y atravesar la mayor parte de la atmósfera, llegando siquiera a la región por donde cruzan las estrellas fugaces, te encontrarías en tinieblas a las 12 del día, con el Sol sobre tu cabeza. Es que más arriba estoy yo con mi sombrilla y mis joyas, acompañada por mis dos hermaons, el Silencio y la Serenidad.

El espacio es un mar insondable y tenebroso, inmóvil y absolutamente frío. El frío absoluto, el cero absoluto, ¿comprendes? Esto es, la inmovilidad de la molécula, su verdadera muerte, aunque viendo bien, la muerte no existe.

— Pues yo, con mis hermanos — prosiguió la Noche — llenamos ese mar, lo abarcamos, lo saturamos y en él flotamos eternamente. Esas luces que ves destacarse en el fondo de mi sombrilla y que tanto te agradan, pertenecen a los barcos que navegan en el inmenso mar. Se mueven en todas direcciones, trazando curvas gigantescas, aunque parezcan *filos*. Todo es cuestión de tiempo. Algunos se acercan a tu pequeño esquife, la Tierra, otros se retiran, los que, con el infinito rodar de los siglos, irán desapareciendo lentamente hasta perderse para siempre en la inmensidad.

— No sé por que estas cosas me entristecen — dijo la Pampa.

— La poesía del misterio es siempre triste — repuso la Noche, pestañeando ligeramente.

— Como tú ves, todos esos navíos llevan faros espléndidos, pero a mí no me ahuyentan con su luz — dijo la Noche. — ¿Conoces aquel lindísimo acorazado que va allí? — agregó, señalando a Sirio. — Pues ese buque lleva un foco en su palo mayor, 147 veces más potente que tu Sol, el rubicundo Febo, mi gran enemigo, al decir tuyo. ¿Y qué me hace, vamos a ver?

— Y aquel faro de segundo orden — dijo la Pampa — que no siempre alumbra con igual intensidad y que

parece como si de cuando en cuando se le acabara el aceite.

— ¿Dónde? — dijo la Noche.

— Allí, al norte, en el Perseo, pasando las Pléyades.

— ¡Ah! eso es un misterio. Es el buque Algol, β del Perseo. La luz de ese buque es variable, intermitente. Sin embargo, oscila metódicamente. En un período que no alcanza a cuatro horas, casi se apaga durante veinte minutos, en seguida reacciona, volviendo de su desmayo en tres horas y media, para conservarse así durante dos días y pico.

— ¿Y eso qué significa? — dijo la Pampa con curiosidad.

— Existen al respecto varias suposiciones, pero nada más que suposiciones. Se conocen muchos faros de esa clase, pero su luz es de un valor muy insignificante. Los más nombrados son, Algol, que acabas de ver, *eta* de Argos, tan celebrada por Juan Herschel, y Mira-Ceti. Allí la tienes a *eta* de Argos; es la variante más notable de todo el cielo. En esta época del año queda arriba de la estrella mayor de la Cruz del Sur, diez o doce grados; su luz, actualmente vale muy poco, y se encuentra como velada por un tenue resplandor porque la rodea una multitud de pequeñísimos faros. Cuando Herschel vino a Sud Africa con el objeto de estudiar la parte austral de mi sombrilla, dice que brillaba como el más hermoso faro de primera magnitud. ¡Lo que va de ayer a hoy! Pero su luz renacerá, como el Fénix, de sus propias cenizas. Su período de oscilación se ha calculado últimamente en setenta años.

Mira-Ceti se encuentra en la Ballena, aquí al NO., muy cerca del Ecuador celeste. Su fluctuación dura casi un año, pero en su desmayo desaparece completamente a simple vista.

— Esto es muy raro — dijo la Pampa. — Se me ocurre que esos buques deben andar averiados y muy cerca de naufragar.

— En mi mar no hay naufragios — dijo la Noche — porque no tiene fondo ni superficie: no hay arriba ni abajo, nada cae ni sube: se anda siempre. Pero no es

tás descaminada, porque, para mí, un buque de esos ha naufragado, cuando su faro se ha extinguido. Entonces quedan convertidos en unos verdaderos monstruos negros, especie de tiburones del espacio, o si tú quieres, buques carboneros. En tal caso mi sombrilla ha perdido una joya.

— No — replicó la Pampa, — se ha transformado en un brillante negro.

— Está buena la salida; pero te confieso que, a pesar de la costumbre, me aterra el ver andar rodando en las tinieblas esos buques negros, helados, sin vida: son mis fantasmas, mis negros espectros. Cuando los veo venir hacia mí, se me hiela el cuerpo.

— Y a mí también me está dando miedo — dijo la Pampa. — Hablemos de otra cosa.

— ¿Y sabes cuántos faros se vislumbran? ¡Oh! ¡millones y millones! Todos esos faros pertenecen a buque-jefes, y seguramente cada uno de ellos marcha rodeado de su flota, como el Sol con sus ocho cruceros y sus destroyers.

— ¿Y a dónde se dirigen todas esas flotas? — preguntó la Pampa con voz trémula.

La noche tragó saliva, y, medio entre dientes, contestó: — ¡Es triste decirlo!, sobre el particular no se sabe nada; no se conoce el puerto, no hay rumbo; se camina a ciegas en medio de la obscuridad y del silencio. Pero de todos modos, no vale la pena inquietarse, pues nada se remediaría. La Tierra es un pequeño navío que lleva sobre cubierta más de 1.500 millones de prisioneros. Estos millones de hombres no saben ni de dónde vienen, ni a dónde van, ni en dónde están. Ellos no pueden influir ni en la dirección, ni en la velocidad del navío que los conduce, y sin embargo, ¡los oyeras hablas de libertad!

— La dirección que llevamos, sí, se conoce — replicó la Pampa, — seis ilustres pasajeros o prisioneros, como tú dices, la han determinado independientemente, discrepando muy poco en el rumbo.

— Aplaudo a esos valientes prisioneros — dijo la Noche — pero, ¿qué sacarán con saber que el Sol los lleva hacia la constelación de Hércules? La distancia que los separa es todavía tan inmensa, que sería menester una eternidad para llegar, es decir, cuando la Tierra esté convertida en un cascajo como Selenia. Y suponiendo que alguna vez llegasen y preguntaran a sus vecinas, La Lira y el Boyero, por el señor Hércules, de seguro que les contestarían: ya no vive aquí; hace quinientos siglos que se mudó con toda la familia, y nosotros también nos vamos; si se le ofrece algo...

— Aquello de que no sacarán nada los prisioneros de la Tierra con saber el rumbo que llevan, francamente, me parece que es indigno de tí, querida Noche — dijo la Pampa. — Esa observación quedaría bien en boca de un cananeo vulgar o de un imbécil arrogante, de esos que hacen un culto del tanto por ciento, de la patada y del box, pero no en tí.

— Pues retiro mi observación — dijo la Noche, algo cortada — y sigamos adelante. Es menester convenirse, querida Pampa, de que en el espacio vale tanto andar como estar inmóvil, pues no se llega a ninguna parte.

— Pero esto es proclamar el nirvana — dijo la Pampa abanicándose con agitación (aunque no encuentro con que hacerla abanicar). — Es matar toda ilusión, toda esperanza. ¡Esto acobarda, deprime, anonada, mata!

— Hay verdades dulces y amargas — dijo la Noche, saboreándose. — Las dulces alimentan como el azúcar, las amargas tonifican como la quina. Pero la mentira, por más dulce que sea, no alimenta jamás: es, como la sacarina, de un dulzor relajante y falso.

— Sin embargo, me quedo con lo dulce, aunque me salgan lombrices — replicó la Pampa.

— Eso no pasa de una dulcísima imbecilidad, querida Pampa. Pues ¿por qué temes reconocer la verdad? Se debe estar siempre dispuesto a recibirla, venga de donde viniere: eso se llama ser libre. Pero veo que nos

vamos metiendo en honduras y el día se aproxima. Mira, Pampa desabrida: no temas por la suerte de tu buque, ni por la de los otros, pues, casualmente, el hecho de no poder ser dirigidos por sus tripulantes, es su mayor garantía. Deja que la gran flota universal hienda el espacio con sus quillas esféricas, y que sus velas invisibles se inflen al viento de lo desconocido; estudia, si puedes, las leyes que rigen sus grandiosas trayectorias; goza con el esplendor de sus luces policromas cuando centelleen en mi negra sombrilla, pero no os inquietéis por su suerte, que el viento que la impulsa, es el soplo incontrastable del Creador.

Esto diciendo, comenzó a plegar tranquilamente su sombrilla, porque notó que hacia el lado del Oriente, alguien se le desteñía.

— Allá viene la vieja tuerta, precediendo al Sol — dijo la Noche. — Me voy para el otro lado. Andando, me bañaré un buen rato en el Pacífico y veremos lo que hacen en Australia y en el Asia, y se esfumó.

El alba triunfó; y entre las nubes rosas que anunciaban el día, la Luna se desvaneció como un fragmento de hostia en los labios de una Virgen.

LECTURAS Y OPINIONES

Nuevos cantos por Jorge M. Rohde. Buenos Aires, 1919.

Es este nuevo libro del señor Rohde, un libro grave. Puede considerarse una continuación del primero y por lo tanto con virtudes y defectos comunes.

Nuevos cantos como el libro anterior revela más estudio que inspiración. La influencia de los clásicos de nuestra lengua, especialmente de Fray Luis de León por quién el autor manifiesta mucha simpatía, es marcada. Sin embargo — justo es afirmarlo — *Nuevos cantos* contiene algunas composiciones que lo hacen menos frío y por lo tanto superior al libro inicial. Del señor Rohde puede esperarse — ya nos lo anuncia — obras de más aliento y significación.

La Hora Encantada (sonetos) por Horacio A. Rega Molina. Edición del autor. Buenos Aires, 1919.

La estrechez del espacio que disponemos nos obliga a ser parcos, por lo tanto hemos de sintetizar la impresión que nos produjo este librito del señor Rega Molina, en pocas palabras.

Es un libro inicial y como tal es bueno. Hay en él influencias; pero éstas deben calificarse de provechosas. Los treinta sonetos de *La Hora Encantada* revelan en el señor Rega Molina el don de la síntesis, don imprescindible para encerrar en los límites del soneto clásico, el pensamiento que lo inspira.

El Relicario. Poesías por don José María Delgado. Montevideo, 1919.

En un voluminoso libro de 255 páginas ha reunido el señor José María Delgado la mayor parte de sus versos.

Si alguna vez puede justificarse la reunión de poesías de distinta índole y escritas en diferentes épocas en un solo volumen es ésta, porque el autor ha tenido en cuenta a pesar de las muchas subdivisiones la unidad de propósito.

Ahora en cuanto a la calidad de las poesías agrupadas, a nuestro juicio casi todas son dignas del libro y aún algunas merecerían el honor de la Antología. Si tuviéramos que decidirnos por un haz de composiciones escogeríamos varias de las reunidas con el subtítulo de *Cuadros* y otras de la primera y última parte del libro.

Estudios filosóficos por Carlos Octavio Bunge. Edición de La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1919.

Con un notab'e prólogo del doctor Enrique Martínez Paz, *La Cultura Argentina* acaba de poner en circulación otro volumen en formato mayor del extinto escritor y jurisconsulto Carlos Octavio Bunge.

Después de "El Derecho" y "Nuestra América", "Estudios filosóficos" es una de las más vigorosas obras de Bunge.

Ecos de un canto. Meditaciones sugeridas por los pensamientos del poema épico del *Mahabarata* titulado *Canto del Señor* por F. Vallés V.

Ecos de un Canto es un pequeño librito, inicial de una serie de publicaciones teosóficas.

Abriendo las alas. Poesías por Felipe Valente. Buenos Aires. ¿Poesías? Está seguro el joven autor de que sus versos (cállamos el adjetivo) son poesías? Esta seguro que abre las alas ¿de quién? Nosotros no creemos ni en una tenue pelucilla... El joven Valente se ha equivocado, ha cometido una travesura que no se puede tomar en serio. No, amigo, no basta escribir renglones cortos poniendo en las puntas: copiosamente, fuertemente, tristemente, tiernamente, gratamente, ingenuamente... hay que poner en el medio talento, como decía Palma, y eso no se consigue con pega pega.

Confesamos que por lo mismo que no tomamos el librito en serio, nos ahorramos de señalar algunas cositas... pero queremos que nuestro silencio indique al joven Valente que debe estudiar y leer mucho a los grandes poetas, después escribir.

La poesía tiene una gran misión que llenar en la vida y no se deben publicar libros de versos para ostentar un retrato y hacer una larga serie de dedicatorias. Esos amigos seguramente le aplaudirán; pero nosotros a pesar de la amable dedicatoria, que nos dispensa, no podemos sino recomendarle mucha lectura y estudio.

Semblanza literaria de Vicente A. Salaverri por Wilfredo Pi. Edición del "Atenco Juvenil Soiza Reilly". Paysandú.

En breve opúsculo de 20 páginas, el señor Wilfredo Pi traza la figura literaria de Vicente A. Salaverri, presentándolo bajo la faz de luchador y periodista.

Nosotros. — El número 119 correspondiente al mes de marzo, trae el siguiente sumario:

Ernesto Ne'son: ¿Cual será la consecuencia más trascendental de la última guerra?; Lucio C. López, Gabriela Mistral, Aida Moreno Lagos, A. Z. López Penha: Poesía americana; Julio Irazusta: Henri Barbusse; Ernesto de la Guardia: La pintura española desde el Greco a Goya; Alfonsina Storni: Irremediamente... (versos); Gregorio Bermann: Los estudios filosóficos en nuestra Facultad de Filosofía y Letras; Bartolomé Bosio: Del problema sexual; Fernández Moreno: Campo argentino (versos); B. González Arrioli: Bolívar y Washington; Luis Pascarella y Arturo Lagorio: Letras americanas; Carlos C. Malagarriga: Letras españolas; Alberto Palcos: Filosofía y Psicología; X. X.: Libros varios; "Nosotros", Notas y comentarios.

La Revista de "El Círculo". — Los dos últimos números de esta elegante publicación que edita "El Círculo" de Rosario, confirman el concepto que acerca de ella nos hemos formado cuando apareció.

Destácanse en los últimos ejemplares junto a la excelencia de los dibujos de Guido una bella colaboración en prosa — primicia de un próximo libro de Vicente Medina — y una elogiosa y merecida nota acerca de la personalidad de la gran poetisa chilena: Gabriela Mistral, de quién se transcriben varias poesías.

Verbum. — La publicación del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, correspondiente al mes de marzo trae un escogido material de lectura en su mayor parte referente a los problemas que atañen a los estudiantes. *Verbum* por la calidad y cantidad de las colaboraciones puede figurar entre las mejores revistas universitarias que se publican en el país.

Anales Gráficos. — Año X, núms. I, II y III.

Recibimos las tres entregas correspondientes a los primeros meses del año en curso de esta simpática revista que edita el Instituto Argentino de Artes Gráficas. Merece mención especial el número correspondiente al mes de enero por la abundancia del material ilustrativo que es un exponente valioso del progreso alcanzado por las artes gráficas en nuestro país; pues las

páginas especiales impresas en colores proceden de los más grandes talleres de la capital.

Apolo. — Revista de Arte y Letras. Rosario, abril de 1919.

De Rosario de Santa Fe, la Barcelona argentina, como a'guien ha dicho, nos llega esta revista de arte, esmeradamente presentada. Como se ve el mercantilismo ciudadano no ha logrado apagar la voz de los artistas e intelectuales rosarinos. La Revista de "El Círculo", *Apolo* y algunas otras publicaciones lo ponen en evidencia periódicamente. Reciba *Apolo* nuestras felicitaciones junto al cordial saludo que le enviamos.

Vida Nuestra. — Año II, número X. — El ejemplar correspondiente al mes de abril de esta publicación mensual trae la continuación de la encuesta iniciada; una colaboración de actualidad debida a la pluma de Alberto Gerschunoff, un estudio del dibujante A. Bilis y varias notas.

Myriam. — Año IV, núm. XXX. — El ejemplar correspondiente al mes de marzo acusa una serie de reformas que hacen más bella y más elegante la presentación de *Myriam*. El material literario está de acuerdo con la presentación.

Parnaso Nacional. — Recibimos esta publicación decenal que se propone ofrecer en pequeños cuadernos las producciones más notables de los escritores argentinos del siglo pasado. El primer número contiene una parte del poema *La Cautiva* de Esteban Echeverría.

Pagana. — El primer número de esta revista mensual de arte e ideas, revela el espíritu juvenil que anima a sus directores. Se nota la ausencia de firmas autorizadas y de buenas transcripciones.

Ediciones Populares Bernardino Rivadavia. — Con "El Impuesto Unico" por Henry George se inicia esta nueva biblioteca que tiene, según afirman sus directores el propósito de poner la ciencia económico-financiera al alcance de todos.

Revista Nacional. — El último número de esta interesante revista que dirigen los señores Mario Jurado y Julio Irazusta trae un interesante material de lectura en prosa y verso.

Pegaso. — La entrega correspondiente al mes en curso de esta simpática revista de Montevideo trae varias interesantes colaboraciones de autores uruguayos. Lástima grande que no cuente con colaboradores de aquí, superiores a los que hasta ahora nos ha ofrecido.

Cuba Pedagógica. — Año XV, núm. 2. — De la Habana recibimos esta publicación, órgano de los maestros de Cuba. El material en su mayor parte referente a cuestiones didácticas es interesante y moderno.

OTRAS PUBLICACIONES

Vida Ilustrada. — Volumen II, núm. 28.

La voz del canillita. — Año I, núm. 2.

La Montaña. — Alta Córdoba.

La Semana. — Números 66 y 67.

Acción. — Año I, núm. 13.

A B C, de Lomas de Zamora.

El Democrático. — Wilde.

Asociación. — Año I, núm. 1. — Rosario de Santa Fe.

El Liberal. — Almirante Brown.

Labor. — Tucumán.

Editorial Tor. — Catálogo ilustrado.

Parnaso Nacional. — N.º 2.

Atlántida. — Santa Rosa de Toay.

Ediciones Selectas "AMÉRICA"

CUADERNOS MENSUALES DE LETRAS Y CIENCIAS

Director: SAMUEL GLUSBERG

AMÉRICA publicará trabajos de los más eminentes escritores y poetas de la Argentina y de América.

Toda correspondencia literaria debe dirigirse a nombre del director.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Argentina	Año.....	\$ m/n 2.40
	Semestre	" " 1.20
	Número suelto (en la Capital)	" " 0.20
	" " (en el Interior)	" " 0.25
Exterior	" atrasado	" " 0.40
	Año.....	\$ o/a 1.30
	Semestre	" " 0.70
	Número suelto	" " 0.15

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Avenida MONTES DE OCA 1700

BUENOS AIRES

CUADERNOS PUBLICADOS:

- **No. 1—**Florilegio**, poesías selectas, por AMADO NERVO
- ** " 2—**La moral de Ulises**, por JOSÉ INGENIEROS
- * " 3—**Espigas**, prosas escogidas, por ALMAFUERTE.
- * " 4—**Opalos**, prosas por JULIO HERRERA Y REISSIG
- " 5—**Cielo y Tierra** prosas, por MARTIN GIL.

PROXIMAMENTE PRODUCCIONES DE:

Joaquín V. González, Carlos Octavio Bunge, José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Olavo Bilac, Rafael Alberto Arrieta, etc.

AMERICA se vende en todas las librerías y kioscos de los países americanos, sin excepción. Exclusividad de la "Editorial Tor"
Victoria 788 - Bs. As. para el interior y exterior de la República.

Las personas que deseen obtener números atrasados, pueden conseguirlos suscribiéndose. Las suscripciones deben dirigirse a esta administración a nombre de Leonardo Glusberg.

* Agotados. ** Reeditados.



PQ
7797
G49C5

Gil, Martín
Cielo y tierra

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 10 09 002 1